

RESEÑA

Ricardo Pasolini: *La utopía de Prometeo*. Juan Antonio Salceda: *del antifascismo al comunismo*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2006, 220 p.

Por Enrique Garguín

Centro de Investigaciones Socio Históricas, Universidad Nacional de La Plata
egarguin2002@yahoo.com.ar

Con *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg como inspiración, Pasolini nos propone un acercamiento a los modos de circulación cultural, redes de sociabilidad y sensibilidad política creados por un significativo sector de la sociedad argentina entre los años treinta y setenta, el progresismo liberal antifascista, a través de Juan Antonio Salceda, también conocido como “Juanillo”, quien desde su modesto almacén de barrio del interior bonaerense logró convertirse en el “*escritor local*” de Tandil y en un intelectual comunista reconocido por sus camaradas a nivel nacional.

De orígenes humildes, Salceda (1907, Palencia, España – 1983, Tandil, Argentina) podría ser asimilado a Menocchio, pero los tiempos y los contextos en que ambos desarrollaron sus vidas fueron bien distintos. En Juanillo no se descubre una tradición oral irreductible a sus lecturas, sino, por el contrario, la casi perfecta adopción por su parte de la cultura letrada. Por añadidura, fueron precisamente las redes de sociabilidad y prácticas antifascistas que permitieron a Juanillo trascender sus orígenes modestos las que también lo condujeron a un mayor distanciamiento respecto de la cultura popular que, en la actualización de la dicotomía fascismo/antifascismo como peronismo/antiperonismo, quedó identificada casi sin fisuras con el movimiento liderado por Perón. En este caso, entonces, la reducción de la escala de análisis no se dirige a desentrañar aspectos de una cultura popular a primera vista inaccesible, sino a mostrar las formas de la circulación de bienes culturales, no ya entre la cultura alta y baja, sino entre el centro y la periferia del campo intelectual argentino.

La propia vida de Juanillo, sus ideas acerca del rol del intelectual y de la vida cultural, sus prácticas y las instituciones y redes sociales en las que las desarrolló, echan luz sobre toda una gama de fenómenos de la Argentina entre 1930 y 1970: el peso del

antifascismo (verdadero “clima de época”) en la sensibilidad política de amplios sectores políticos y sociales; las complejas relaciones entre ideas, prácticas y redes sociales en la constitución de una identidad comunista que, durante aquellos años, tuvo al antifascismo como elemento constitutivo; las prácticas y concepciones relativas a la cultura de quienes en la época se arrogaron el título de sus poseedores privilegiados; la particularidad del mundo cultural local de Tandil, en sus formas peculiares de constitución, sus redes y prácticas intelectuales, los espacios y conflictos a través de los cuales tomó forma. Todos estos temas son analizados por Pasolini mediante una sagaz combinación de enfoques macro y micro-sociales que permite también revelar su dimensión más humana y mostrar los márgenes de maniobra del sujeto individual dentro de –y construyendo- los marcos institucionales, estructurales de su acción. Juanillo, por su parte, es presentado por Pasolini como un “caso límite”, un “excepcional normal” que, al permitir una entrada poco convencional a aquellas problemáticas generales, podrá ofrecer respuestas igualmente poco convencionales.¹

El antifascismo constituye uno de los grandes temas de este libro, junto (y entrelazado) con las formas de circulación de los bienes culturales, los ámbitos y redes de sociabilidad (particularmente de Tandil), las modalidades de construcción de una identidad comunista y el propio Salceda como sujeto histórico. Pero más que como estrategia de diversos actores políticos, el antifascismo “se presenta como afectividad ideológica, es decir, como una sensibilidad política, un estado de opinión que recorre una amplia gama de significaciones y espacios”. (p. 20) Fue ciertamente un fenómeno internacional, pero que en Argentina cristalizó en formas concretas y peculiares, en un proceso de adopción y adaptación facilitado, entre otras razones, por “las irregularidades de un sistema político caracterizado por el fraude electoral y sus formas represivas” que “convirtió al antifascismo en una actitud de crítica e interrogación de la historia nacional, de sus tradiciones políticas y de los problemas políticos internos de la Argentina”. La adopción del antifascismo desde mediados de la década del 30 estuvo marcada por una peculiar combinación de cultura, política y utopía que encontró su síntesis en la figura del intelectual comprometido, suerte de apostolado laico que, subterfugio por una visión fuertemente pedagógica, se había autoimpuesto una misión civilizatoria.² Era desde la

¹ “Salceda, además, -agrega Pasolini- resume dos de los tópicos más potentes de la cultura de los sectores medios y populares de la Argentina de entreguerras: la ficción y la posibilidad del ascenso social, y el peso de la cultura letrada como una de las vías de esa alternativa” (p. 194)

² Un presupuesto incómodo de este compromiso pedagógico, tan caro a Juanillo y su mundo, era “la noción de que los sectores populares no estaban capacitados para generar su propia cultura” (p. 190). De aquí que Salceda concibiera su rol social a imagen del Prometeo de Esquilo (por él interpretado en su obra máxima), que obedece el mandato interno de dar el fuego a los hombres, aún al precio de ser encadenado. “De la

cultura como saber específico por ellos detentado que se pretendía actuar políticamente como freno del fascismo, al tiempo que la Unión Soviética se convertía en la actualización palpable de la utopía –y ello no sólo al interior del Partido Comunista.

Bajo estas coordenadas, *La utopía de Prometeo* nos muestra a Juanillo construirse a sí mismo como intelectual comprometido:

“propongo la idea de que Salceda produjo una versión particular de este modelo, que se apoyó en la identificación *extrema* entre práctica intelectual y vida personal, solución que estuvo enmarcada en un contexto social caracterizado por el peso de un conjunto de relaciones personales, que incluían en principio las de amistad, pero sobre todo los vínculos políticos locales y los lazos con la sociabilidad intelectual del comunismo porteño. En esta trama compuesta de práctica cultural, relaciones personales y políticas, Salceda terminó convirtiéndose en el *escritor local*, figura simbólica que fue asumiendo características mitológicas en la medida en que se transformó en el referente más claro del sector social de la comunidad que se identificaba con la tradición política liberal-democrática, aglutinada bajo el tópico general de «antifascismo».” (p. 20)

El “*escritor local*” no surgió así de los ámbitos más propicios, como podían ser: el grupo de universitarios (entre los que se contaban el abogado radical Juan Carlos Pugliese y el médico comunista Víctor Magrini), o las figuras ya consagradas de la cultura local (como el dirigente masón y radical, José Antonio Cabral, fundador de la Biblioteca Rivadavia y director del diario *Nueva Era*, o el también radical, amén de docente y director de *El Eco de Tandil*, Juan Manuel Calvo). El título de “*escritor local*” no recayó sobre ninguno de ellos, sino sobre Juanillo, un almacenero con tan sólo estudios primarios y que logró apropiarse de tan importante lugar simbólico siendo ya un reconocido comunista. Esta peculiaridad le permite a Pasolini sopesar más claramente el valor de las redes de sociabilidad en la vida de Salceda: por un lado, su febril actividad como promotor cultural en una pluralidad de asociaciones le otorgó una base inicial nada despreciable; por otro lado, su militancia dentro del partido comunista –particularmente de sus organizaciones culturales como la AIAPE- le permitió actuar como mediador entre la intelectualidad liberal-progresista de Buenos Aires y el campo político-cultural de Tandil. Este rol lo instituyó como anfitrión de numerosos intelectuales porteños en multitud de

misma manera en que en la versión esquiliana *Prometeo* le roba el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres, *Juanillo* entiende el propósito de la distribución de los bienes culturales” (p. 194): ese es su apostolado, y el deber de todo intelectual (revolucionario).

conferencias locales y le abrió las puertas del mundo editorial capitalino. La publicación de su *Prometeo o el humanismo del mito* (Editorial Lautaro, 1953) en el centro cosmopolita del país, por su parte, realzó aún más su prestigio en Tandil, convirtiéndolo en el *escritor local*. Todo esto no hubiese resultado posible sin esa sensibilidad peculiar que fue el antifascismo –continuada con el antiperonismo– que, entre mediados de los treinta y fines de los cincuenta, logró unir a liberales y comunistas en una misma causa civilizatoria y consolidar la idea del compromiso como rasgo central del intelectual.

“La sociedad tandilense, entonces, convirtió a *Juanillo* en su escritor, no sólo porque las relaciones del mundo cultural local han creado un único intelectual reconocido en un contexto de restricción política, sino porque lo lee en clave localista: *Juanillo* se convierte en un notable del pueblo, única alternativa –tal vez– para poder existir en tanto comunista en una sociedad comunal fuertemente tradicional” (p. 194).

Pero ser comunista no fue sólo –ni principalmente– un obstáculo, sino que, paradójicamente, parece haber sido un plus extraordinario (si no condición necesaria) para su triunfo en la Capital, elemento central para su elevación a mito local.

La vida de Juanillo, la puesta en práctica de su proyecto intelectual, pone así de manifiesto algunos de los rasgos centrales de un universo cultural que posibilitó y condicionó su accionar. Pero ese universo también tenía sus propios límites y el núcleo básico de consensos que lo caracterizaba comenzó a resquebrajarse tras la caída de Perón, con la fragmentación del frente antifascista, crecientemente atravesado por la divisoria de aguas de la guerra fría, y con el súbito despertar de esa dinámica, frecuente en los campos intelectuales, por la cual las jóvenes generaciones buscan su lugar y su identidad por medio del cuestionamiento a sus mayores.

Dos sucesos sirven a Pasolini para mostrar la fractura operada hacia 1960 en el contexto que había permitido a Juanillo realizar su proyecto intelectual, que fue en verdad su proyecto de vida. Por un lado, desde dentro del propio campo cultural comenzaron a surgir alternativas al rol pedagógico característico de Salceda y su generación. Si en otros ámbitos este movimiento estuvo encabezado por los descontentos de la juventud, los avances de la peronización hacia sectores antaño inmunes a la misma y la creación de la nueva izquierda, en Tandil fue una figura aún más improbable que el propio Salceda la que trastocó los viejos valores y logró cautivar al grupo de jóvenes más inquieto de fines de los cincuenta: un escritor polaco, que años antes había quedado varado en

Buenos Aires y que en 1957 llegó a Tandil en busca de mejores aires para su salud física. “Dejen en paz a los brutos”, pidió Witold Gombrowicz a Salceda, en un acto de provocación que a ojos del grupo de Juanillo sólo podía provenir de un fascista, pero que no lo era y que denunciaba cabalmente y del modo más brutal el corazón pedagógico del modelo de compromiso de Salceda. Modelo este último que, al no ser tan sólo una forma de hacer política sino la razón misma de su propia existencia, hacía imposible siquiera el intento de asimilar aquella crítica. “No nos entendemos” -habría sido la amarga respuesta de nuestro Prometeo al autor de Ferdydurke-, explicitando de tal modo el abismo inconmensurable que se interponía entre ambos modelos de intelectual. Y los jóvenes tandilenses culturalmente más activos optaron por la novedad del Polaco, cuya novela, paradójicamente, habían leído en un ejemplar de la Biblioteca Rivadavia.

El segundo suceso fue la clausura, en 1960, de la institución insigne de la cultura de Tandil, el Ateneo Rivadavia donde Salceda ejerciera su sacerdocio laico entre 1942 y 1960. Dictada bajo un gobierno compuesto de antiguos aliados antifascistas (la UCRI), el cierre del Ateneo pronto mostró que Salceda ya no podría contar con el apoyo unánime del arco liberal progresista y desestructuró para siempre el circuito Biblioteca-Ateneo-Diarios locales que había permitido hasta entonces la circulación de los bienes culturales considerados legítimos en el marco del discurso antifascista.

Se cerraba así un ciclo de la vida social, cultural y política de Tandil y la Argentina. Juanillo continuó actuando según el libreto que él mismo y gran parte de su generación se habían trazado, pero desde los años sesenta el escenario ya era otro, como otros eran los autores y actores de la nueva obra. Así concluye la utopía de Prometeo, según la apasionante reconstrucción de Pasolini. En su recorrido, el autor analiza en profundidad diversos aspectos de la vida social, política y cultural de Tandil, manteniendo un constante e interesante contrapunto con la cronología y características de esos mismos aspectos en otros espacios (la Capital Federal, en especial). Así desfilan por este fascinante libro los diarios de Tandil, sus asociaciones, ateneos y bibliotecas, las redes personales locales y sus lazos con el reverenciado centro de la cultura nacional, las prácticas de sus diversos promotores y, hasta dónde las fuentes lo permitieron, sus consumidores y participantes anónimos. Todo ello tejido en una malla compuesta por los temas más generales del antifascismo, la identidad comunista y el campo cultural. Pasolini logra así establecer relaciones explicativas entre una amplia gama de fenómenos, cosa que para algunos constituye la definición misma de la historia.